

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 10 DE OCTUBRE DE 1920

NUM. 19.246

## CUADROS OTONALES EL RACIMO DE UVAS



Un racimo de uvas moscateles, se fioreando en una mesa del Norte los platos henchidos de carne roja y sangrienta, me ha hecho evocar, en pleno paisaje de Teniers, las vestidas doradas del

Guadalquivir y del Genil, las clásicas vendimias andaluzas, la sobriedad, la finura y la gracia de aquellos hijos del sol, los únicos, acaso, que en estos tiempos de furia positivista conservan en su pobreza presente el aire señorial, la elegancia espiritual del árabe y del griego. La sobriedad, digan lo que quieran los gótones, será perpetuamente una cualidad de razas estéticas. Mientras el beocio, largo de dientes y corto de inteligencia, dábase a los placeres de la gula, henchido de grasa, en los horrores de una eterna digestión, el ateniense, bien hallado en su alegre pobreza, sustentábase con un puñado de aceitunas y un sorbo de agua clara. El labrador inglés necesita para nutrir su exigente economía pesados alimentos, carne y vino en abundancia; en el hombre del Norte vive aún el bárbaro carnívoro y voraz, dado a la embriaguez y al placer físico, a las bebidas ásperas y fuertes. En cambio, al labrador andaluz le bastan un plato de legumbres, una fuente de gazpacho y unas hortalizas para nutrir su cuerpo enjuto y ligero.

La caña de manzanilla es como un símbolo. El bebedor castizo toma la caña, bebe un sorbo y tira el resto. No bebe por beber, ni menos por embriagarse, sino para dar gusto a los sentidos y alegría al espíritu; goza más con el aroma del vino, con el bouquet del caldo oloroso, con la conversación y las coplas, que con la embriaguez pesada y brutal. Comparad los tipos picarescos de una juerga andaluza, que beben en cincuenta cañas un cuartillo de manzanilla apenas, y que más que borracheras tienen alegrías; comparadlos con esos hombres del Norte que llegan a nuestros puertos y beben el vino como si fuese cerveza y acaban tumbados en el polvo después de romperse las narices a puñetazos. Cada vez que una escuadra extranjera arribó a Málaga me impresionó tristemente el espectáculo de esos mocetones que saltan a tierra con aire marcial y elegante y se les ve a las pocas horas andar a tropezones, asaltar tabernas y mancebías, cayendo después en las chalupas como fardos, rompiéndose la cara con el feroz boxeo o tumbados panza arriba en las esquinas, llenos de sangre y de polvo, sofocados por el alcohol. Estas tripulaciones bestiales recuerdan el tipo del bárbaro primitivo, que describía Taine, de estómago voraz, y sentidos obtusos, ahito de carne, de cerveza y de hidromiel. Sin salir de España, salta a la vista la diferencia entre los hombres del Norte y los del Mediodía. El vasco, el montañés, el asturiano, celebran sus fiestas atracándose de carne y de sidra; hasta las corridas de toros son entre ellos un pretexto para comer: durante el descanso salen a plaza las cestas de viandas y las botas de vino; gentes de estómago insaciable, asocian la idea de comer bien a todas sus

alegrías. La clásica olla podrida es el complemento de todos los regocijos populares; la primera vez que asistí a una de estas orgías campesinas quedéme absorto al ver la mesa cargada de ollas y fuentes colosales; las aves enteras, los corderos, los embutidos, la carne de puerco y de buey eran servidos a calderadas, como en las bodas famosas de Camacho.

Y yo comparaba aquella espléndida glotonería con los frugales banquetes de los ventorrillos de la Caleta, donde la sopa de rape, los boquerones, las aceitunas, las lascas de jamón y los chatos de Lágrima son sólo un pretexto para charlar al aire libre, regocijarse unas horas, tocar la guitarra y cantar unos tientos... La olla podrida y la copa con tapadera son los dos polos de la psicología gastronómica de España.

Cuanto menores son las necesidades físicas, más suelto está el ánimo, más libre la inteligencia y más despiertos los sentidos. A mí, la cantidad excesiva de las viandas, el grande aparato en la mesa, los platos colmados, los condimentos fuertes, me quitan el apetito. Hubiera yo hecho muy mal papel en los triclinios de Lúculo y de Trimalción. Aquellos lirones condimentados con miel y amapolas; aquellas mortadelas cocidas en la parrilla, con ciruelas y granos de granada; aquellos huevos de pava rellenos de papafigos y pimienta; los odres de Falerno de cien años; las vajillas imitando constelaciones y repletas con trozos de

búfalo, criadillas, riñones, ánades, canchales, langostas, marranillos, hierbas olorosas y panales de miel; las liebres adornadas de alas y rodeadas de tocino y de manteca; los jabalíes henchidos de salchichas; los becerros servidos enteros en una fuente monstruosa; las aves nadando por docenas entre especias aromáticas, y las marmitas colosales llenas de mariscos, tortas rellenas de faisanes y de frutos exóticos; aquel comer desenfrenado para vaciarlo después en el vomitorio y volver a comenzar; aquel mezclar las comidas y libaciones con los transportes del amor; el coronarse de flores y ungirse con pomadas, y embriagarse con todos los excesos y locuras: todo ello, si bien tiene aspecto de sensual y ostentosa belleza, repugna a mis gustos de hombre sencillo, mejor avenido con la hermosura sobria y elegante. Prefiero a aquellas bacanales la sencillez ática, la frugalidad acompañada del orden, la serenidad y el buen gusto de los atenienses. Tengo mis puntas y ribetes de epicúreo; pero en los placeres de la mesa prefiero a la satisfacción de la gula el paladeo de las salsas, el picar aquí y acullá como una abeja, el recrear la vista y el olfato hallando las refacciones más espirituales con los atractivos de la conversación y del ingenio...

Los pueblos que se preocupan demasiado de la felicidad material y del progreso no son felices. Me refiero al pro-

greso moderno en su aspecto mecánico, utilitario, antiartístico, de fábrica al por mayor. Los Estados Unidos, con todas sus ínfulas y novedades, me inspiran cierto desdén. América es la caricatura de Europa y los yanquis son la parodia del genio inglés. Poco tiempo hace, un amigo mío, malagueño de pura cepa, que llegó a su ciudad natal después de haber recorrido el Norte de América, hablábame indignado de aquellas gentes. Más vale un rincón de Andalucía—decíame—que aquella monstruosa civilización. Las ciudades de la Unión producen asombro al principio, como máquinas gigantes que amenazan de nuevo escalar los cielos. Aquel enorme almacén de producción y de trabajo maravilla al pronto; pero cuando se observa despacio el engranaje, cuando acaba el tráfigo y el reposo se impone y las máquinas enormes paran y se quedan quietas, como monstruos dormidos, se siente una tristeza profunda, un vacío inmenso, una soledad que llega al alma. Se comprende entonces el secreto de aquella esfinge, la inutilidad de aquel esfuerzo, el artificio de aquel mundo, la violación tremenda de la Naturaleza que allí se hace; y aquellas casas de veinte pisos, y aquellos anuncios gigantes en las fachadas, y aquellas masas de hierro y de piedra, y aquella muchedumbre cosmopolita y febril, cargada de preocupaciones materiales, parecen cosas de pesadilla, muecas de una humanidad demente, castillos de





imaginaciones sobresaltadas... ¡Oh, la vida sencilla, de ritmo sereno, pausada, espiritual, desinteresada!

Algo creo yo que exageraba mi amigo al hablar así y que entraba por mucho en sus juicios el hábito de la vida andaluza, tan alegre y reposada, tan castiza y sentimental; pero yo también aborrezco esa fiebre de vivir aprisa de los snobs, hálleme muy a gusto en estos países de pobreza alegre y orgullosa, y creo posible armonizar con las necesidades modernas la existencia de pueblos poetas y contempladores, dedicados a la agricultura y a las industrias bellas y artísticas; sobre todo, en estas tierras del sol donde pudiera reproducirse la vida helénica o la vida arábiga sin grande trabajo.

De todos los oficios del hombre sobre la tierra, uno de los más bellos y propicios para la poesía es la agricultura. Un pueblo esencialmente agrícola tiene mucho adelantado para ser un pueblo poeta. La agricultura y sus industrias, la ganadería, el pastoreo, la exportación de los frutos de la tierra son tareas en las cuales se ejercitan la inteligencia y la imaginación, el vigor físico y el sentimiento de la Naturaleza.

Málaga, en esta como en otras muchas cosas, es un país privilegiado. Su riqueza es de tal calidad, de tal abolengo, que por sí sola constituye un elemento de poesía. Los frutos de aquella tierra hablan más a la delicadeza de los sentidos, al placer del gourmet, que a las groseras necesidades del estómago. Un racimo de uvas, un ramo de naranjas, un puñado de almendras, unas aceitunas, un cáliz de vino, los plátanos, las pasas, las chirimoyas, son golosinas, regalos de la Naturaleza, dádivas del sol.

Cuando llega la vendimia, una onda de poesía pagana, de alegría báquica y dionisiaca, inunda la ciudad y las campiñas: el tráfico y el olor de las vendimias trasciende a todos los rincones. Por montes, vegas y caminos van a modo de alegre romería los frutos de la cosecha: las uvas doradas, las pasas moscateles, el vino nuevo de los lagares; los almacenes se llenan del rico fruto y exhalan denso tufillo a mosto; una animación, una alegría de feria y de mercado llenan las calles malagueñas; la faena en los almacenes es una nota de color, un cuadro pintoresco de juventud y de abundancia; el puerto se llena de navíos que aguardan, para henchir sus vientres de la carga olorosa; se oye el chirrido de las cabrias, el gemir de las sirenas, el aleteo de las hélices, los mil ruidos de aquella muchedumbre de campesinos, mercaderes y marineros, como una gran sinfonía de la tierra y de la mar.

Los catetos, curtidos por el sol, hormiguean en los mercados, en los muelles y en las tabernas, y se asoman a los cafés y a los teatros con caras de asombro. Allí los de Alora, famosos por sus canciones, gentes hoscas en el trato y dulces en el sentimiento, en quienes parece conatural el instinto de la música y del canto de esta tierra; los de Coín, hábiles hortelanos, hijos dichosos de uno de los rincones más bellos de España; los de la serranía de Ronda, gente indómita y brava, jamás vencida; los de las ventas de Mesmiliñana, antiguas reliquias de alquería griega; los montesinos de los Gaitanes y de las mesas de Villaverde, que ponen sus chozas donde el grande Omar puso sus tiendas, junto a los nidos de las águilas reales; los que beben las aguas del famoso Guadalquivir y los que plantan sus naranjos a orillas del Guadalhorco; los que se alegran en la vega risueña de Campanillas y tiemblan al escuchar el ronco son del trueno en las ásperas cumbres; los que cosechan las doradas uvas marbellíes y los que se gozan en la repuesta vega antequerana; gentes diversas del monte y del prado, del ingenio

y del lagar, de la sierra y de la costa, que criaron con sudor de su frente y alegría de su ánimo los racimos dorados, los caldos olorosos, las naranjas opulentas, todos estos frutos malagueños, llenos de poesía...

Requerido, como un símbolo, un espectáculo bellísimo que vi hace algunos años. Erase un racimo de uvas moscateles como nunca se vió: un racimo de granos enormes y hollejo fino como la seda, digno de la Santa Custodia. Era dueño del racimo y de la viña que lo dió un amigo mío, poeta y labrador. Llevó a Málaga

el racimo y lo expuso a la admiración de las gentes. Bendijolo el obispo y fué elevado después como ofrenda al altar de la Virgen de la Victoria. Aquella fiesta del racimo de uvas quedó en mi memoria como un símbolo de Málaga la bella, como el símbolo de su espíritu pagano y de su culto cristiano, como una preciosa imagen de las antiguas fiestas dionisiacas latentes aun bajo la dulce exaltación de los fervores populares...

Ricardo LEON

De la Real Academia Española.

## SUICIDIO FRUSTRADO

Cuento viejo

BIEN hizo Polvorón con pretender suicidarse, porque ya era mucho el aburrimiento en los corros de «comadres» de Tomillares del Monte, que bostezaban de puro tedio, con las tijeras en vacaciones forzosas.

Ni al boticario ni a la boticaria les atraía el gato, ni se oían voces destempladas en el refino, ni D. Pepito pasaba por la puerta de la secretaria, ni la secretaria visitaba a la mujer de D. Pepito, ni era otra cosa que hidropesía lo de la herradura, ni se bailaba en casa de las del médico, ni el barbero iba al soto, ni D. Roque salía de espera, ni se encontraba Castillito en su casa la escopeta de D. Roque, ni ná. Aquel pueblo no era noctivo.

Pero no hay mal que cien años cure. ¡Bien hizo Polvorón animando los corrillos parladores; que las tijeras mohosas pedían tela, y tajo les dió para mes y pico!

Polvorón se levantó desesperado aquella mañana. Eran muchas sus trampas. Y ¡menudas! Porque si debiera mil reales a una sola persona, con no ponerse a tiro, estaría resuelto el problema; pero deber seis reales al boticario, dos pesetas al registrador, real y medio al cosario, treinta céntimos al juez, dos perrillas al Patolas, tres beatas a la comadre, una misa de a peseta a San Roque, una vela a la Patrona, diez reales en el casino, cuatro duros al amo de la casa, un mantón—¡puñalero mantón empuñado!—a Rocillo, unos pendientes de coral a Nieveceitas, cuatro rondas de manzanilla a Jesús el de la Chacina, un par de botas al sombrerero, un pantalón a Caridad la ditera, un napoleón al médico, setenta y cinco céntimos al de las cédulas, ocho reales a D. Salvador, y así, por el estilo, a éste, al otro y al de más allá, hasta sesenta y dos duros justitos y redondos, era una muerte lenta, lenta y fatal.

¡¡Sesenta y dos duros!! Sesenta y dos puñalitos que tenía clavados en su corazón. Milenta y dos excusas que tenía que dar diariamente y mil y milentas noches sin pegar los ojos, pues apenas se echaba a dormir, cuando se le aparecían, como fantasmas ensabanados, con sus pucheros y sus velitas, el registrador, el boticario, Patolas, la comadre, el del casino, Rocillo, Nieveceitas, el cosario, el amo de la casa, el sombrerero, el médico, Caridad, D. Salvador, el lechuzo de las cédulas, San Roque, la Patrona y Jesús el de la Chacina, acompañados de otra porción aun más respetable de acreedores, que así le dejaban dormir como a mí el obispo decir misas.

¿No era esto para pegarse un tiro? ¡Vaya si lo era! ¿Pues para cuándo, si no, se inventó la pólvora?

Y cogió una escopeta, la cargó a baquetazos furiosos, se puso el cañón bajo la barba y dió con el pie al gatillo.

¡Pobre perro! ¡Infelice Palomo! ¿Quién había de pensar que aquella era la últi-

ma vez que movía el rabo? ¿No comprendiste, pobre animal, que no era de caza a lo que iba Polvorón? ¿No viste que era mucho atacar, con furia loca, la escopetilla? Así reventó ella, y tú pagaste con la vida la saña de Polvorón, que sólo se ahumó el bigote, se quemó las cejas y se chamuscó una bota.

—¡R. I. P., Palomo!—dijo Polvorón enternecido.—Y, firme en su idea, salió de estampía para la botica, a pedir una pastilla de sublimado corrosivo con el achaque de lavarse el chamuscón de las cejas.

¡Ya tenía en la mano la llave de la cerrada puerta de este mundo! Aquella pastilla, bien disuelta en agua, era la solución. ¡La besó conmovido!

Y apenas llegó a su casa se tragó la pastilla, se tendió en la cama, cerró los ojos y notó... notó que se le aclaraba la voz por momentos.

Corrió a la botica.

—Pero ¿qué joroba de sublimado es este que aclara la voz y sabe a menta?

—¡Bendito Dios!—repuso el boticario.—Pero ¿te has tragado la pastilla? ¡Ay, Padre mío, gracias! ¡Que siempre que me equivoque sea así! Perdoname, Polvorón; te he dado un comprimido de mentol y cocaína...

—¡Mira er tío tiriri! Pos no se sale usté con su gusto, porque ahora mismo me voy a la torre y me tiro de cabeza. ¡Hasta er día del Juicio!

Y entró en la iglesia, rezó un credo y subió por la escalera de la torre.

—¡Ajá!—dijo cuando se vió en el campanario—. Me ahilo antes de llegar al suelo. ¡Adiós, Tomillares del Monte!

Y tiró el sombrero, se tiró él, y, ¡plaf!, fué a caer sobre una carreta llena de paja que por debajo de la torre pasaba en aquel momento. ¡Muy blandito!

—¡Válgame San Válgame, qué remalísima sombra tiene el hijo de mi madre!—decía nuestro Polvorón bajando de la carreta.—¿Y por qué no estaría cargá de alfileres de puntas y chinitas del río? ¡Se nesecita tené mal fario! No, pué lo que es de hoy no paso; ya es custión de amor propio. Ahora mismito me voy a la casa-cuartel de la Guardia civil, y como pille al sargento esprevenio, la primera gofetá se va a oír en Mairena; y excuso desirme que me afusila en el arto, si no me traspasa de parte a parte con una bayoneta.

Y no tuvo que andar mucho el bueno de Polvorón, porque el cuartel de la Guardia civil estaba en la misma calle. Penetró en él, loco, desencajado; vió... ¡lo vió! sentado, vuelto de espaldas a la puerta, vestido de paisano...

—¡Hombre, er sargento! ¡Y franco de servisio, porque está sin uniforme! ¡Te has caído!

Se echó una salivilla en las manos, se llegó a él, y, ¡plaf!, en Saturrarán (Guipúzcoa) se oyó el zambombazo.

El hombre cayó al suelo hecho una pelota, sin saber por qué ni por dónde le

había llovido aquel descomunal bofetazo...

—¡Hay Providencia! ¡Gracias, Polvoroncillo!—exclamó el verdadero sargento, asomándose, al ruido, a un balcón del patio—. Pensando estaba cómo «arrearle la candela» a ese sinvergüenza del Rubito, y no daba con el modo; porque como uno viste este honroso uniforme, luego tó se vuelve expediente y careo y declaraciones. Dios te lo pague, hijo, y por mí, síguete «endiñando estopa», que tó se lo merece er mu ladrón, porque con él no hay gallina segura en el pueblo. ¡Duro, Polvorón! ¡Enciéndele el pelo!

—Si no estuviéramos en er cuarté—supliró el agredido, levantándose pausadamente y mirando con ojos glotonos a Polvorón—, ya te diría yo a ti unas palabritas.

—Ah, pos tiene usté la palabra. Ya pué usté empesá er fregao, y si es con arma blanca, mejón.

—¡Como te toque al pelo de la ropa tie ne pena de la vida!—gritó el sargento, hecho un energúmeno—. ¡Tu persona es sagrá en este cuartel del benemérito Instituto, Polvoroncillo!

Y Polvorón no quiso oír más; se mordió los puños encorajinado y salió del cuartel como alma que lleva en volandas el mismísimo Satanás.

—¿Le parese a usté mi sino, hombre! ¡Vamos, es pa tirarse al río! ¿Qué has dicho, Polvorón? ¿Cómo pa tirarse al río? ¡Pero que ahorita! Y no hay que dejarlo pa Carnestolendas, no se vayan a creé en er pueblo que tó lo que estoy yo haciendo esta tarde es cosa de chufia. ¡A la puente, Polvorón!

Y en dos zancadas se plantó sobre el pretil del viejo puentecillo romano. Se santiguó, dijo a la una, a las dos y a las tres y se zambulló en el líquido elemento y empezó a tragar elemento líquido, que si llega a ser vino no le sale la tajá del cuerpo en veinticuatro meses.

Y cuando ya estaba en las penúltimas, héteme aquí a Joselón, el guarda del canal, que ve a aquel hombre dando manotazos en el agua, y que se arroja intrépido a salvarlo de una muerte cierta, y que a duras penas lo consigue, depositándolo, hecho una esponja, en la orilla.

—Polvorón, me debes la vida—dijo el guarda, sacudiéndose como perro de lanas chapuzado.

—¡Vaya! ¡Una trampa más!—contestó Polvorón—. Pos era lo uníquito que no debía y ya está a réditos.

—Yo no te pido réditos por esto—replicó el guarda, dándole de héroe y volviéndole la espalda—. Ahí te quedas, que voy a mi choza a mudarme. ¡Hoy por ti y mañana por mí!

—No tengas cuidao—masculló Polvoroncillo—; en cuanto yo te vea ajogándose, me tiro... ensima de ti, so ladrón, pa jundirte bien.

Y sin esperar la réplica echó a correr. Había divisado nada menos que un árbol de donde pendía un columpio puest allí por los chicos de la escuela. ¡Cana nada!

Rápido como el pensamiento, y cogido la cuerda, se encaramó en la copa de arbusto, la ató fuertemente a la más alta rama, hizo un nudo corredizo, introdujo por él la cabeza y se dejó caer, suspendido en el espacio.

Estaba escrito que Polvorón no podía suicidarse. El nudo corredizo no corría. Nuestro hombre sentía la opresión de la cuerda en la sotabarba; pero nada más.

El guarda, que vió la maniobra, se llegó todo espantado.

—Pero ¿qué haces, cristiano?

Y Polvorón, ya impotente contra su destino, cara al sol, hecho un pingo, chorreando agua como un trapo mal escurrido, contestó desalentado:

—¿Que qué hago, asesino? ¿Pues no lo ves? ¡¡Secándome!!

Pedro PEREZ FERNANDEZ





# EL CRINÓN DE LOS TOREDO



El más grave obstáculo para que los admiradores de Joselito lleguen a realizar su proyecto está precisamente en lo difícil que ha de ser al artista ejecutarlo. La santidad del lugar no es cierto que le imponga ninguna traba. La Iglesia lo que pide es una obra de arte; lo único que ha pedido siempre a los artistas que han trabajado para sus templos.

Ni el cabildo hispalense ni la autoridad metropolitana se opondrán a la erección del mausoleo a un lidiador por temor a herejía, profanación y desdoro de la catedral. La tradición religiosa y eclesiástica de España, en relación con los toros, es más piadosa y tolerante de lo que puede creerse. Mientras los senadores y diputados del Reino, cristianos y creyentes, pueden morir en las Cámaras de los Cuerpos Colegisladores sin auxilios religiosos de ninguna suerte, los toreros más indiferentes, en los casos extremos, siempre tienen cerca esos socorros sagrados, ya porque el heroísmo en la plaza se suponga superior al parlamentarismo o porque, juzgándole con gran benevolencia, no quiere dejarlo Dios de su mano.

El mausoleo a Joselito no tropezará con más obstáculo.

El famoso Pepe Illo tiene su sepulcro en una iglesia céntrica de Madrid, en la iglesia de San Ginés, entrando por la calle del Arenal, a la izquierda del antecan-

cel, y no se ha hundido el firmamento ni se ha profanado el templo.

Si hiciera falta un precedente para salvar todos los escrúpulos de quienes puedan sentirlos para no dar enterramiento en la catedral de Sevilla a Joselito, vaya por delante la conocida estancia de los restos de Pepe Illo, no muy precisada sin embargo.

En el tomo XVIII de óbitos, folio 271 vuelto, de la iglesia parroquial de San Ginés, de esta corte, se lee:

«Josef Delgado Illo, de edad de unos cuarenta y ocho años, natural de la ciudad y arzobispado de Sevilla, hijo legítimo de Josef y de Agustina Guerra, casado con María Salado, no recibió más sacramento que el de la Extremaunción, a causa de su pronta muerte en la plaza de toros, fuera de la Puerta de Alcalá, de esta corte. No tenía hecha disposición alguna. Costó tener dos hijos legítimos de dicha su mujer, menores de edad, llamados Josef y Antonio. Vivía como transeunte en la calle del Carmen, casa posada, mesón, núm. 25. Murió a las cinco de la tarde del día 11 de mayo del año mil ochocientos y uno, y a las diez de la mañana del día 13 se le condujo desde el hospital General, en donde estaba depositado, a enterrar en esta iglesia, con licencia del señor vicario. Se dió a la fábrica por el rompimiento seis ducados. Y lo firmo como teniente mayor de cu-



Sepulcro de Pepe Illo en San Ginés.

Poco después de morir Joselito, la «afición», dolorida y atristada, pensó en elevar un mausoleo para guardar artísticamente, y con el mayor respeto, las cenizas del tan elegante matador.

Y como nosotros sólo hemos sabido enterrar a los Reyes y a los obispos, el proyecto que concibieron los admiradores sevillanos del infortunado torero pareció exagerado y extraordinario.

Porque el mausoleo debe erigirse, no en la necrópolis, sino dentro de un templo de Sevilla, y según todo lo dicho hasta ahora, ideado y ejecutado también por un celebrado escultor.

La alarma y la censura contra el proyecto de esos piadosos, vehementes y decididos entusiastas de la «Fiesta nacional» han sido injustificadas sobremedida. Joselito fué un hombre leal a sí mismo, haciendo de la lealtad la virtud más grande y envidiable de su vida, como ha predicado Federico Nietzsche a los intelectuales y ha exigido Ruskin para cada profesión. Un hombre, quienquiera que sea, debe cumplir su deber y su cometido hasta la muerte: el médico, el militar, el sacerdote... Uno sólo tiene por sacrificio la continuación de la vida, porque la muerte es para él un negocio: el empresario de pompas fúnebres.

El mausoleo a Joselito en la catedral de Sevilla será, ciertamente, una nota simpática y atrayente en la capital andaluza. Y si el escultor acierta en hacer una verdadera obra de arte, esa vez será la única que hemos hecho algo grande, inspirándonos en la más pura fuente nacional de sugerencias, donde Teófilo Gautier, Merimée, Franck Harris y Bizet encontraron el germen que fecundara a sus inteligencias.



EL DIESTRO SEVILLANO,  
JOSEF DELGADO, (ALIAS) YLLO

Estampa popular de la época.

De la Colección López Barbadillo.

## LA TAUROMAQUIA

ARTE DE TOREAR.

OBRA UTILÍSIMA

PARA LOS TOREROS DE PROFESION, PARA LOS AFICIONADOS, Y TODA CLASE DE SUJETOS QUE GUSTAN DE TOROS.

SU AUTOR

JOSEF DELGADO (alias) YLLO.



CON LICENCIA:

EN MADRID: Por D. Manuel Ximénez Carrero, Calle Ancha, año de 1896.

Portada de «La Tauromaquia».

ra de esta dicha iglesia parroquial de San Ginés de Madrid.—Don Juan Antonio Rodríguez Calderón.»

Mucho decir es que su enterramiento se encuentre tras el nicho que cubre la Dolorosa del antecancel. La tradición más recibida asegura que el famoso diestro fué enterrado en la bóveda del templo; pero no ha podido precisarse el lugar. Una tradición más culta y sentimental, a la que debo desde hace años la noticia, ha colocado muchas veces las primeras lilas de mayo sobre el altarcito, ofendiéndolas al pretendido autor de «La Tauromaquia», que por saber únicamente estampar su firma no pudo escribirla, como lo hizo en su nombre el buen mixtificador y admirador suyo José de la Tixera.

Lo que es indudable es que el famoso matador está enterrado en la iglesia de San Ginés, y que habiéndolo inhumado con una pompa y solemnidad que sólo se repitieron en Madrid mismo, más de medio siglo luego, cuando murió José Redondo, «el Chichanero», expuesto dos días en la iglesia de San Sebastián, se le diera sepultura en un lugar preferente, como exigieran el dolor y la admiración públicas.

Como quiera que sea, la más alta idealidad y sentimentalismo de no pocos madrileños sitúa tras la Dolorosa del antecancel que da acceso al templo el sepulcro de Pepe Illo.

Hagan los entusiastas sevillanos el mausoleo a Joselito cuanto antes y háganlo bien, a ver si pasando los tiempos puede verse en la catedral hispalense un «crinón de los toreros», como se ve el «crinón de los poetas» en la abadía de Westminster.

Rafael URBANO



# EL BLOQUEO DEL CASTILLO DE CATAPUN

El noble señor de Catapún estaba muy fastidiado. Desde hacía algún tiempo veía que las cosechas guardadas en sus graneros menguaban; que sus provisiones de boca desaparecían de los armarios de la despensa, y que sus pasteles huían de los aparadores. ¿Quiénes podían ser los culpables? El castillo estaba bien guardado, y el señor conde de Catapún tenía plena confianza en la honradez de sus criados; la condesita Gumersinda estaba tan fastidiada como su señor padre, porque era muy golosa, y al encontrar vacía la caja de las galletas se desesperaba.

Una noche, el noble señor de Catapún se levantó decidido a averiguar el misterio de aquellos hurtos continuos. Entró de puntillas en el comedor y, ¿qué es lo que vio?, vio que tres enormes ratones sacaban del aparador tortas de miel, aquellas exquisitas tortas de miel que eran la golosina favorita de la condesita Gumersinda.

Al verle, los tres ratones huyeron por la ventana, llevándose las tortas, naturalmente.

El señor conde se dirigió entonces al granero y vio tres ratones tan gordos como los primeros vaciando un saco de trigo; como los primeros también desaparecieron al ver al terrible castellano.

Esta vez el señor conde se prometió obrar con más cautela, y entró en la despensa con tal sigilo que tres ratones que había allí, ocupados en llenar un saquito de harina, un saquito de azúcar y un saquito de arroz, no le oyeron llegar hasta que tuvieron su enorme tizona casi sobre la espalda.

Entonces los tres ratoncitos, muy apurados al ver que no les daba lugar a huir, cayeron de rodillas, y con unas vocécitas agudas y temblorosas le suplicaron que les diese cuartel.

—No tenemos la culpa—decían los ratoncitos—; nosotros no hacemos más que obedecer.

—¿Y quién os manda robar mis cosechas, mis pasteles y mis comestibles?—preguntó el señor conde con su voz más severa.

—¡Nuestro rey!—respondieron fieramente los tres latronzuelos.

Entonces el noble señor los dejó marchar y juró que al día siguiente iría él en persona a arreglarle las cuentas a aquel rey sinvergüenza que alimentaba a su corte a expensas del castillo de Catapún.

El rey de los ratones vivía en un palacio de mazapán y daba audiencia sentado sobre un trono de queso de Gruyère, adornado con ricas incrustaciones de almendras tostadas y avellanas acarameladas. Se llamaba Pérez XVIII, y era un ratón de la mar de pizpireto, con unos bigotes tan fieros, que más que rey parecía emperador.

El noble señor de Catapún entró en la sala de audiencias en actitud resuelta y enérgica; pero los bigotes de su majestad el ratoncito Pérez XVIII le impusieron tal respeto que hizo una gran reverencia y sólo pudo suplicar al soberano se dignase cesar sus saqueos en el castillo de Catapún.

Pérez XVIII levantó el hociquito con

su aire más impertinente, y contestó:

—Cesarán mis saqueos en el castillo de Catapún cuando a mí me dé la realísima gana. Pero si me puedes probar que eres más listo que yo cesarán en seguida.

—Deme vuestra majestad ocasión de medir mi inteligencia con la suya—dijo el noble señor con arrogancia.

—Pues es muy sencillo—declaró el rey sonriendo bajo sus bigotes—. Voy a bloquear tu castillo con todo mi ejército. Si a los tres días puedes ofrecermé una comida en la que figuren un pan bien dorado, un pastel bien dulce y un queso sabroso, sin que yo haya visto o husmeado la entrada de comestible de ninguna clase, ni carbón para hacer lumbre, me declararé vencido y me marcharé, en unión de mi pueblo, con la música a otra parte. ¿Aceptas la apuesta?

El noble señor de Catapún no contestó; se inclinó y volvió a su castillo. Pero estaba más preocupado que nunca; perder la apuesta le parecía, además de peligroso para sus cosechas, sus comestibles y los pasteles de Gumersinda, cenigrante para él; ganarla, se le antojaba punto menos que imposible. En tan serio conflicto mandó llamar a su señora hija y le expuso la situación.

La señorita Gumersinda era tan avispa como bella; sólo un momento necesitó de reflexión; luego se inclinó hacia su padre y le habló al oído tan quedo, tan quedo, que nos fué imposible oír lo que le dijo.

El señor conde se echó a reír encantado, se frotó las manos y envió un mensajero a su majestad Pérez XVIII para comunicarle que aceptaba la apuesta.

Antes de dar comienzo al bloqueo, y como primera providencia, trescientos súbditos del rey Pérez recorrieron el castillo de arriba abajo, registrando y husmeándolo todo para cerciorarse de que no quedaba nada comestible, ni un pedacito de carbón para hacer lumbre, en el castillo de Catapún.

Luego, los trescientos ratoncitos formaron alrededor del castillo un cordón militar, con la espalda contra la pared y la orden terminante de permanecer durante tres días inmóviles y sin cerrar los ojos un segundo. (Gracias a que estaban admirablemente disciplinados, que si no, hubiera resultado la cosa un tanto difícil.)

Delante de cada puerta (había catorce y un postigo) se colocaron ocho soldados ratoniles, al mando de un teniente, un coronel y un general.

(No debe olvidarse que la organización del ejército de Pérez XVIII se diferenciaba en ciertos detalles de la del ejército español.)

Y el rey en persona se colocó a la entrada del puente levadizo en compañía

de cinco generalísimos. (Cinco, ni uno menos.)

En una palabra, las disposiciones estaban tan admirable y minuciosamente tomadas, que hubiera sido imposible que penetrara en el castillo... ni un ratón.

Su majestad el ratoncito Pérez XVIII estaba encantado. ¡Obligar a que el altivo castellano de Catapún y la golosa condesita Gumersinda se viesen reducidos a alimentarse, durante tres días, con las frutas del huerto! ¡Humillarles luego, ganando la apuesta! ¡Y, finalmente, seguir con toda frescura alimentando su pueblo a expensas del castillo de Catapún! ¡No estaba mal la idea, no estaba mal!

El primer día ocurrió un ligero incidente, al cual el rey Pérez no dió ninguna importancia: una partida de soldados—sin duda a las órdenes de algún castellano enemigo de Catapún—pasó por las inmediaciones del castillo y, emplazando un enorme cañón, disparó unas cuantas granadas, que fueron a caer en el patio, sin causar destrozos. Pero como los habitantes del castillo no respondieron al ataque, aquellos soldados se alejaron con su cañón.

El segundo día se presentaron ante el castillo unos caballeros de melena rizada y bigote retorcido que llevaban tenacillas, peines y «bigudis».

—Somos los peluqueros—dijeron—; venimos a rizar el pelo al noble señor de Catapún para la comida que se propone ofrecer mañana a su majestad Pérez XVIII.

—Su majestad soy yo—respondió fieramente el rey—. Pasad, buenas gentes, pasad. Pero me parece—añadió riendo—que el conde no padecerá indigestión por la comida de mañana.

El tercer día se presentaron unas damas que llevaban toda clase de afeites y de frascos de esencia.

—Venimos—dijeron—a traer los polvos de arroz y las pomadas y coloretes para que la condesa Gumersinda esté muy bella esta noche en la comida que su señor padre ofrece a su majestad Pérez XVIII.

—Pasad, buenas mujeres, pasad—dijo el rey con tono protector.

Y añadió despectivamente:

—Pocas ocasiones tendrá la condesita de lucir sus galas como no tenga mas que la de la cena de esta noche.

Al caer el día, un mayordomo salió del castillo; vestía uniforme de gala, con profusión de galones de oro y botones de plata.

—Dígnese vuestra majestad pasar al comedor—dijo inclinándose respetuosamente—. La cena está servida.

—Esta gente está loca—pensó el soberano de los ratones, estupefacto.

Y entró en el castillo con una sonrisita de incredulidad.

El noble señor de Catapún y la linda condesita le esperaban en el comedor; sobre la mesa había un hermoso pan, un pastel cubierto de azúcar y un queso de

bola, tan brillante y tan colorado, que hubiera parecido de cera pintada de no ser su aroma tan apetitoso.

La naricilla del ratoncito Pérez palpitaba de emoción ante tan buenas cosas; pero su orgullo fué más fuerte que su golosina y no aceptó la invitación del conde, que le hacía señas de que se sentara y comiese.

—Habéis ganado la apuesta—dijo un poco amoscado—; ahora os suplico me digáis cómo lo habéis conseguido.

Y añadió con amargura:

—Nunca creí que un hombre pudiese ser más listo que un ratón.

—Un hombre, no—contestó el señor de Catapún—; pero una mujer, sí.

Y le contó cómo había seguido las instrucciones de la bella condesita Gumersinda; cómo las granadas lanzadas por aquellos enemigos—buenas gentes a sueldo del conde—eran, en realidad, quesos de bola; cómo las maquinillas de los peluqueros habían suplido la lumbre y el carbón, y cómo los polvos de arroz de las perfumistas eran harina y azúcar. En el momento en que el ratoncito Pérez XVIII oyó estas explicaciones, su manto de corte cayó al suelo y él se tornó en un joven guapísimo, suntuosamente ataviado.

—Soy el rey de las islas de Coral—dijo—, y siempre tuve fama de listo. Un día llegó a mi corte un ajedrecista de mucha fama; yo no había aprendido en mi vida a jugar al ajedrez; sin embargo, le desafié, y ¿sabéis lo que ocurrió? Pues ocurrió que perdí el partido. Pero lo más gracioso, o mejor dicho, lo más terrible, fué que aquel jugador de ajedrez era brujo, y para castigarme por mi orgullo nos transformó a mí y a todos mis súbditos en ratones, condenándonos a permanecer en esta forma hasta que encontrásemos alguien que fuese más listo que yo.

El rey de las islas de Coral se acercó al balcón, sacó de su bolsillo un silbato de oro y dió un silbido agudo; en el acto los trescientos ratoncitos se tornaron en otros tantos apuestos guerreros.

Luego volvió junto a los castellanos de Catapún que le escuchaban y le contemplaban boquiabiertos y babeando casi de sorpresa; puso rodilla en tierra ante la condesita y prosiguió:

—Habéis deshecho el hechizo, bella Gumersinda. ¿Queréis ser mi esposa? Os ofrezco la mitad de mi reino, la mitad de mi corona y mi corazón entero.

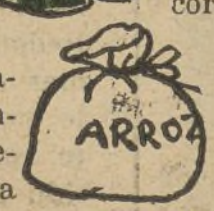
Gumersindita se llevó a la boca el índice de la mano derecha y se puso a chuparle silenciosamente; esta era su actitud predilecta para meditar. Luego miró atentamente a su pretendiente, un poco recelosa acaso; pero no, no le quedaba ya de su estado de ratón mas que un bigote algo tieso y que a ella le parecía lo más grandioso del mundo; y como un

rey era un buen partido en aquella época, y como al fin y al cabo la linda condesita estaba harta de comer frutas, aceptó la proposición.

Un pan, un pastel y un queso resultan escasos cuando se tiene mucha hambre; para agasajar a su novia, el rey de las islas de Coral mandó traer de su palacio todos los comestibles y pasteles que había robado a su futuro suegro; con lo que se hicieron una cena opulenta y se la comieron en un dos por tres para celebrarla el noviazgo.

Magda DONATO

Dibujos de BAROLOZZI.





ARTE OLVIDADO

# ORTEGO, EL MAESTRO CARICATURISTA



Ayer, como hoy, Su Majestad el Idolo.

El 12 de octubre de 1881 murió en un pueblecillo de las cercanías de la capital francesa el pintor y dibujante madrileño Francisco Javier Ortegó y Vereda, donoso comentarista de un período de nuestra historia fecundo en sucesos y pródigo en hechos de renovación y típico carácter. Diciendo que era artista y español, ¿hay que añadir que murió pobre?

Es el caso de Francisco Ortegó similar al de Leonardo Alenza. Madrileños ambos, en el momento y en la figura de su tiempo encuentran los dos la inagotable fuente de su inspiración. El uno y el otro dedicáronse a exaltar usos y costumbres, recogiendo de las turbulencias políticas y conmociones patrias la nota relevante y de interés que conmueve y atrae. Los dos alcanzan el mismo fin de perpetuar una época, y en ambos se extingue la divina fuerza de su talento creador cuando en la flor de la vida una enfermiza naturaleza vence los anhelos de lucha y gloria. Ambos cursan sus primeros años de arte sometidos a las rígidas influencias que con tanto arraigo y convencimiento pretendiera extender la Academia de San Fernando, y ambos, sintiendo en sí el encendido espíritu del imponderable Goya, dan de lado a los convencionalismos y manidas formas para hacer su pintura y dibujo libres e independientes. Pero hay algo, sin embargo, que separa el principio, mejor aun, el sentimiento de los dos artistas; distancia cumplidamente definida y salvada por el punto de mira o enfoque del arte de cada cual. Alenza, más recio en su procedimiento pictórico, destaca más su personalidad en tal género artístico, sometido, sin duda, a más atildada conciencia. En Ortegó, en cambio, la expresión hácese más jocunda y bullanguera. El trazo y la frase se revisten con la ironía o con la sátira, delineando así fir-

memente la sensibilidad del comentarista. Alenza es el respetuoso observador del natural; Ortegó es el burlón e inquieto batallador de sus días turbulentos, avivados por pasiones de política y partido. Alenza magnifica con su pincel los hábitos del primer tercio del XIX. Ortegó se limita a encontrar el aspecto deformativo, pero siempre veraz, que con su lápiz populariza en «El Fisgón», «El

tención de Ortegó. Las aspiraciones del Pretendiente, los manejos de la Unión liberal, los entusiasmos progresistas, las victorias de Africa, como las expediciones a Cuba y Méjico; la secreta influencia de Sor Patrocinio, la busca del Rey para España, como la gestación y desarrollo de la República; todo alcanzó la crítica de aquel artista tan sensible a los latidos y alientos de su país. Los ce-



Las aficionadas castizas en los felices tiempos isabelinos.



«Donde amor vive, allí viven los celos».

tud de cada tipo no son las condiciones menos dignas de ser tenidas en cuenta. El lápiz impregnado siempre de un suave escepticismo, encuentra oportuna y punzante la nota alegre y fácil, encubridora de una justa verdad.

Por pretender llegar a más dilatados horizontes, Francisco Ortegó pasó a Francia. Desde el país vecino siguió la colaboración española, y para alguna casa y diario francés trabajó también, adaptándose a las condiciones de ambiente y de lugar. Pero el cambio de tierra no trocó en realidad los ensueños de mejor fortuna. La lucha fué la misma y a ella se rindió cuando más vivo se hallaba en él el amor, por su parte, de aquel arte popularizado incontables veces en «El Museo Universal», en el «Gil Blas» y en «Los Sucesos». Sus apasionados admiradores tuvieron a Ortegó por un temperamento parejo al de Grevin, al de Gavarni y al de Daumier. A tal apreciación es de justicia poner el pero que hace al caso. Francisco Javier Ortegó, a quien puede tenerse como el primer satírico de su tiempo en España, está muy lejos de atesorar, sin embargo, aquella sutil elegancia en el diseño que fué como distintivo indiscutible en el autor de «Tomás Vireloque», ni aquel violento impulso satírico que de modo tan fundamental se advierte en el creador de «Robert Macaire». Ortegó es simplemente el espíritu inquieto que, habiendo probado sus condiciones relevantes para la pintura en «La muerte de Colón»—lienzo que obtuvo los honores de un premio en la Exposición de 1864—, prefirió propalar sus creencias y modalidades en el rasgo diario a que obliga la Prensa periódica, animando todo trabajo de una noble y contenida rebeldía y una filosofía mansa y escéptica.

C. PALENCIA TUBAU



Una señora que ha hecho fortuna.



Prim y Sagasta en el coto político.



Los políticos del 70 buscando un Rey a España.



EVOCACIONES LITERARIAS

# El Maestro de la sonrisa

SE casó. ¡Ya no tiene remedio!—habrá suspirado en el Limbo-Silvestre Bonnard.

Así lo anuncian los periódicos. Anatole France, si no se ha casado, se casará uno de estos días. Estuvo gravemente enfermo. Y en cuanto se ha restablecido se casa. ¿Quién es la señorita Leprevots, pronto madama Anatole France? Lo ignoramos. Solamente se sabe que es bella, inteligente y joven. Y que el maestro tiene ya sesenta y tantos años.

Como en «La rebelión de los Angeles», urge sacar las alas de la alacena, donde se apollan; acudir, de brace, con la prometida ante un alcalde pingüino y, probablemente, dar un vistazo al altar de Santa Orberosa. El maestro, con sus sesenta bien corridos, su tiara satírica y su inagotable indulgencia, dará al universo intelectual ese espectáculo, digno de sus amados precursores Rabelais, Voltaire y Beaumarchais.

Sólo que estos Jerarcas del humorismo se contentaron con casar a Gargantúa, el Ingenuo y Figaro, mientras que Anatole France, dejando solterones a sus héroes, se casa él, entero y patero.

Se dirá que también por estos días se han casado, o se casarán, sesentones tan célebres como D'Annunzio y el general Petain. Mas Petain y D'Annunzio no han pasado cuarenta años de su vida flagelando la monogamia, ni escribieron treinta y tantos volúmenes para burlarse, en todos ellos, del matrimonio, ni construyeron nuevos alambiques filosóficos para destilar el Amor.

¿Incurriríamos en la vulgaridad de señalar apostasías? ¿Diremos que en Anatole France, como en cualquier simple mortal, del dicho al hecho va gran trecho? ¿Evocaremos, entre irónicos e hipócritas, el dolor de los hijos de Noé, enardecido en su vejez por la vida?

Leon Blum, en su originalísimo estudio «Du Mariage», lanza una audaz doctrina, solución al problema sexual, con estas palabras:

«Ni la monogamia (matrimonio) ni la poligamia (unión libre) logran, en modo alguno, resolver el problema de relación entre los dos sexos. Ni para el varón ni para la hembra constituyen la monogamia o la poligamia ley natural y única de sus relaciones.

«El hombre y la mujer son, primeramente, polígamos, y después, en llegando a cierta edad y a cierto grado de su desarrollo espiritual y físico, tienden a la monogamia.

«Las uniones precarias responden al primer estado. El matrimonio es la forma natural del segundo. Yo propongo que el hombre y la mujer se desposen cuando se sientan inclinados al matrimonio. Esto es, cuando el deseo de libertad y aventuras abra paso al deseo de la fidelidad, de la unión placida, del reposo sentimental.»

¿Es este el caso del maestro? Su vida, cuando no casta, honesta, no autoriza a aplicarle nuestro refrán del lobo que se mete fraile. Anatole France, en el vértice parisense, no arrastró su clámide por el lodo. Usó del trato femenino con aquella sutil prudencia que excluye al mismo tiempo el cinismo y la gazmoñería.

No es su madurez matrimonial páfida y arbitraria, como la de Swift; ni idílica, como la de Goethe. Su espíritu burlón carece del irritable egotismo del autor de «Gulliver» y de la majestad olímpica que creó el «Fausto».

Jamás denigra a la mujer, asignándola,

como el embustero decano de San Patricio, una situación humillante, ni, como el solemne ministro de Weimar, postestad de musa casera. Talento genuinamente francés, es equilibrado y sagaz y posee la interpretación lúcida del Oráculo femenino.

Maneja tan impunemente el amor como Mitridates los venenos. Penetra en el laboratorio sexual con el respeto, pero sin la superstición del químico avezado a las reacciones. Y en su obra, tan humana de sencillez y tan profunda de observación, que parece griega, la abeja femenina vuela sin aguijón, como en el epigrama de Meleagro...

Anatole France es la sonrisa. Sonríe ante el humilde drama judicial de Crainqueville, ante el irónico drama literario de Silvestre Bonnard, ante la odisea teológica de los Angeles, ante la concupiscente Iliada de los dioscellos socialistas.

Sonríe a las mujeres de Barba Azul y a las pingüinas de San Mael. A las Concellas de Corinto y a las cortesanas de Alejandría. A las comadres de arrabal, a las «doretas» de la Restauración y a las «bas-bleu» de la Comuna...

Es terror de los naufragios femeninos, sabueso de sus coqueterías, confesor indulgente de sus deliciosas flaquezas. Entre los grandes jueces literarios, acaso sea el único que oculta a la mujer en su regazo irónico, castigándola con sonrisas, como una madre con suaves pellizcos. No se trata de una obra de misericordia, ni siquiera de un rasgo estoico. Anatole France se halla tan lejos de

Epicteto como de San Pablo. En su rostro no vemos el ceño adusto del perdón ni el «crictus» de lo irremediable. Vemos siempre la natural sonrisa del comprensivo, que ni se resigna ni perdona; sonríe.

Esta sonrisa no es, como quiere el vulgo letrado, «una lágrima disfrazada». Porque nada tan lejos del disfraz como su naturalidad espiritual y aun fisiológica. Tampoco es «una grima de filósofo». Nada tan ajeno a la filosofía, en el sentido rebuscador, como la sencillez, principio literario del maestro.

Sin embargo, en España apenas le conoce el gran público. Poco ha su escrupuloso y sagaz traductor, Luis Ruiz Contreras, al publicar la cuarta edición de «La isla de los Pingüinos», en el prólogo, que amablemente me dedica, advierte:

«En los doce años que transcurrieron desde su publicación, apenas fué comentado este libro. La crítica solemne lo consideró herético y la crítica bullanguera no lo comprendió. En cambio, los hechos, los crueles e implacables hechos, acreditan las afirmaciones y comentarios que lanzara el maestro, con profética ironía, desde la cumbre intelectual de nuestro siglo doloroso.

... En doce años, el público de España y América consumió 6.000 ejemplares de «La isla de los Pingüinos»...

Los botarates literarios quedarán atónitos. ¡Cualquiera de ellos vende más ejemplares que el Príncipe de los ingenios contemporáneos! También, si lo supiera, sonreiría naturalmente Anatole France...

Cristóbal de CASTRO

## Exhortación a Don Quijote para que abandone el castillo de los duques

Deja, buen caballero, a tu huésped, y emprende otra vez la jornada. La vida regalada debilita tu brazo y enmohece tu acero.

Y pues quiere el destino que tu acero y tu brazo remedien nuestro mal, abandona los ocios del castillo ducal, ponte luego en camino. ¡Porque ahí no comprenden tu sublime locura, y se mofan, hidalgo, de tu triste figura!

No está en tu condición ser gracioso de duques ni juglar de duquesas. ¡Que alquilen un bufón si quieren divertir sus sobremesas!

No te detengas, no prolongues ya tu holganza... Ordena a Sancho Panza que ensille a Rocinante, y torna a ser el caballero andante de la invencible lanza.

No cedas a porfías de señores. Ellos—que no los magos ni los encantadores—son quienes te enhechizan. Desdeña los halagos con que intentan ahora aprisionarte, porque libre te temen y no pueden comprarte.

Hasta sus mismas burlas son careta del miedo. ¡Saben que a tu denuedo se rompen las cadenas, Don Quijote, y cobra libertad el galeote!

Hidalgo: tú naciste para amparar al débil y consolar al triste. ¡Y malgastas tus bríos en luchar con lacayos, y tu piedad asiste a doncellas fingidas en fingidos desmayos! ¡Y en tanto que te dan vaya dueñas barbudas, los huérfanos te invocan y te imploran las viudas!

Cúmplase tu destino; no prolongues tu holganza; abandona los ocios del castillo ducal... Torna, hidalgo, al camino. ¡Mira que eres tú solo nuestra sola esperanza y es en tu brazo tu invencible lanza el único remedio a nuestro mal!

Enrique RUIZ DE LA SERNA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

## Las Máximas de Epicteto

LEYENDO vuestra parva colección de Máximas de Epicteto, amigo Hernández Catá, acude a mi fantasía todo el significado trascendental y eficiente de una palabra, una Palabra-Fuerza, que ha actuado largamente en la Historia: la palabra Austeridad.

¿Es Epicteto un verdadero codificador ejemplar, un modelo ofrecido a la imitación de las posteridades? He aquí un prestigio consagrado a través de siglos, junto al de Séneca y al de Marco Aurelio, como formas paganas paralelas del cristianismo; pero la misma sociedad que proclamó esa excelencia ética se ha cuidado prácticamente de desmentirla, como ha hecho con el propio cristianismo que se jactaba de profesar.

Hay tres grandes tipos de norma ética, correspondientes a las tres grandes castas sociales: 1.º La moral de los dueños, como la designó Nietzsche, la más acorde con los impulsos primitivos y animales del hombre. El alma de esa moral es la fuerza.—2.º La moral de las clases medias, encaminada a suplir con ardides intelectuales la ausencia de los medios directos de lucha. El alma de esa moral es la astucia.—3.º La moral de las clases humildes y sometidas, basada en el adiestramiento heroico de sensibilidad y de la voluntad hacia la abnegación, aceptando el dolor como una dignidad y un bien secreto del espíritu. El alma de esa moral es el sacrificio.

Toda la Historia está comprendida en el choque interior de esas morales. Es una alternativa de predominios entre una u otra de sus fórmulas. Si tuviésemos que representar en simbolismo zoomórfico o jeroglífico esas tres leyes de praxología, mezclando las imágenes del Roman du Renard con las del Apocalipsis, encarnaríamos la ley de la fuerza en el león o el lobo, la de la astucia en el zorro, la del sacrificio en el cordero.

Expresión poética de la primera es la Epopeya o la Canción de gesta; de la segunda, la Fábula; de la tercera, los Evangelios y la filosofía estoica.

Lo curioso es que la educación infantil corriente quiere armonizar, de un modo absurdo, esas tres formas enemigas. Así, ha establecido sobre la primera forma la divinización de la historia guerrera, del egoísmo nacional, de la barbarie caudillesca, toda la idolatría patriótica, admitiendo una moral para las relaciones internacionales y otra diversa para las relaciones interindividuales. Ha establecido sobre la segunda forma la admisión de la deslealtad diplomática, del engaño político, de la falacia o razón de Estado; divulgando además en las escuelas la egoísta, prosaica y materializante moraleja de las fábulas, pernicioso enseñanza de mediocridad. Ha establecido, en fin, sobre la tercera forma el consejo de la resignación y la paciencia, que, al no ser limitado, puede producir un desbordamiento inverso de la injusticia y del desafuero autoritario.

En la Roma de Epicteto, las tres morales convivieron a manera de convergencias de diversa etnicidad en la gran metrópoli, donde se fundían las rosas y las espiritualidades. La moral de los dueños fué la implacabilidad patricia, que a veces llegó a tomar formas de austeridad, correspondientes, en escala inversa, con las del estoicismo, como sucedió en Catón. La moral intermedia fué el epicureísmo, la aurea mediocritas, que dió en Horacio, el liberto, su forma suprema de poesía. La moral de los esclavos tuvo dos formas, que corresponden a diversas intrusiones de siervos extranjeros en la cultura romana: la forma frigia o esópica



(que luego pasó a ser moral de clases medias), transmitida al esclavo Fedro, moral en que la ironía es el arma de impotentes o bufones, que luego se convertirá en astucia de vulpeja, y la forma estoica, que se convertirá luego en tradición cristiana.

Pero esa forma estoica tiene varias manifestaciones: 1.ª La satírica, que confina en Horacio con la burla epicúrea, se mantiene pura en Persio y reanuda la tradición profética en Juvenal.—2.ª La abnegacionista, que preconiza el refugio en sí mismo contra un dolor real: es la de Epicteto y, en otro aspecto, la cristiana.—3.ª La que llamariamos, si la expresión no fuese anacrónica, dilectantismo, o sea un apartamiento exquisito de la vileza exterior: es la de Séneca y Marco Aurelio. Esta es la forma a la que mejor cuadra la designación de austeridad. Y lo curioso es que el tipo capital de esa austeridad se encarnará luego en el que viene a luchar contra el cristianismo triunfador y la invasión de la espiritualidad de los esclavos y de los bárbaros: Juliano.

Observemos también un interesantísimo caso, que confirma el paralelismo de las dos intensidades opuestas, como escala positiva y escala negativa, a la norma intermedia o mediocre: en nuestros días, el gran debelador de la moral de siervos no ha sido un epicúreo; ha sido precisamente un estoico, un austero, exaltador del sacrificio, teorizante del dolor como refinamiento del alma: Federico Nietzsche.

Las tres morales han existido en nuestro mundo, en contubernial confusión; y se han neutralizado entre sí bárbaramente, produciendo la esterilidad de todas ellas. La cuestión no está en confundirlas, sino en refundirlas, produciendo la moral nueva que nazca de los valores excelsos de cada una. La moral de los dueños ha de darnos el elemento fuerza, para ponerla al servicio de la libertad en un intervencionismo por el bien. La moral intermedia debe darnos la ironía, que comprenda la flaqueza ajena; y aun la gracia, que contrapesa la brutalidad atávica de los impulsos que venimos a combatir. La moral de esclavos ha de darnos la misericordia y la magnanimidad, fuentes del perdón; la eterna capacidad del sacrificio, que es el heroísmo del espíritu. No de otra manera la antigua barbarie caballeresca se transmigró en la figura ideal de nuestro Quijote, cuya estirpe de mediocre unía providencialmente la ética esclavista de Galilea y el empuje bélico de un campeón en la sublime paradoja de un intervencionismo redentor y guerrero.

Recorro las páginas de vuestra colección, querido Catá, y señalo al margen los apotegmas bajo los cuales late una sugestión. Aquí está, por ejemplo, la eterna base moral transmitida de las religiones orientales primitivas al Eclesiástico y a los Evangelios: «No intentes infligir a otros lo que tú tratas de no padecer.» Pero junto a ese germen oriental y platónico está otro principio de más pura cepa helénica, transmitido al estoicismo por la escuela cínica, como se transmitió al epicureísmo la semilla cirenáica: «Nuestra dicha o nuestro infortunio sólo existe en nuestra voluntad.» «Amigo, nadie puede inferirte mal, puesto que el mal y el bien dependen sólo de ti mismo.» «Dolor, no existes: ¡Herid, que la herida arrojará de sí el homicida homicida!»

En esas afirmaciones, sanamente espoladoras de las fuerzas íntimas, está una afirmación de optimismo que en la plenitud filosófica de la escuela estoica se torna precisamente la afirmación contraria, ya que esa escuela es fundamental-

mente pesimista, basada en la convicción de un mal positivo contra el cual sólo la voluntad puede luchar.

«Los dioses han creado a los hombres con plenitud de condiciones para ser felices; si no lo somos es por nuestra culpa.» Véase cómo esta creencia junta a Epicteto con la tradición del pecado original más todavía que con el optimismo providencial cristiano.

No creo, en cambio, que pueda ser alicata benéfico de la voluntad esta máxima fatalista, reveladora de un esclavo empeñado en dorar sus cadenas: «Acuérdate de que estás desempeñando en el drama de la vida un papel cuya extensión y brillantez no dependen de ti, sino del autor que lo ha creado. Si fué tu designio que representases a un pobre hombre o a un poderoso, procura hacerlo naturalmente y cumplirás tu obligación de buen actor.»

Copiemos ahora fragmentos que con más actualidad sobreviven. «Cuán bien habló Agripino al decir. Nunca será un obstáculo para mí mismo!» «¿A qué acon-

sejarme que trate de ser igual a los otros? Dejaría de ser púrpura para convertirme en anónimo hilo.» «El verdadero sabio salva su vida en el instante de perderla.» «Vigila tu vida y no renuncies por nada a tu albedrío; no imites a esos malos comediantes que sólo pueden cantar en el coro.»

Una frase fugaz nos da el germen de la idea de martirio, de testimonio, tan fecunda en aquellos tiempos: «Los dioses (con la pobreza, el cautiverio y la adversidad) me han elegido para que les sirva de testimonio vivo cerca de los demás hombres.»

Pero ¿no hay, en cambio, una menguada estrechez de sensibilidad en ese consejo, que a fuerza de querer ser consolador es profundamente egoísta? «Al recibir nuevas de un lejano país te regocijas y caes en aflicción, y el sabio, al verte alterar de tal modo por lejanos sucesos la realidad de tu existencia, te pregunta: ¿Qué bien ni qué mal pueden sucederte allí donde no estás?»

Gabriel ALOMAR

## El verdadero turismo

Los que se dedican a organizar expediciones de turismo o señalar sitios dignos de ser visitados no viven en la realidad de las cosas y de los gustos y son de una monotonía horrible. ¡Que si tal catedral! ¡Que si este museo! ¡Que si aquel trozo de paisaje! ¡Lo eterno, lo que ha visto todo el mundo y lo que seguirá viendo mientras el globo terráqueo no tenga a bien enfriarse!

El verdadero turismo no es ese, ni Cristóbal Colón—uno de nuestros primeros turistas—que lo inventó. Hay que pensar en lo práctico, en lo atrayente, en lo que verdaderamente hace correr a las gentes y picarlas de la curiosidad. Se comete un crimen repugnante, por ejemplo. Los periódicos se hinchaban a desmenuzarse en detalles. ¿Por qué no organizar inmediatamente una expedición científicocanguilnolenta al sitio del suceso? ¡Eso sería de una atracción enorme y de un resultado práctico inmenso!

—Mira, Jacoba, te traigo preparada una sorpresa agradabilísima.

—Me la figuro. Que por fin ha reventado el tío Cirilo, que tan enfadado está con nosotros desde que no le quisiste prestar la dentadura postiza aquel día en que fué a hablar con Bugallal.

—No, no es eso, y el tío Cirilo supongo que seguirá tan bueno y tan bruto. ¿Tú has leído todos los incidentes del crimen ese de Villacóncejos?

—No me hables, que me apasiona más que el pisto manchego, que, como sabes, es una de mis debilidades. ¡Hay que ver! Un ciudadano que ha matado a dos cuñados, les ha sacado las tripas, ha hecho embutidos con ellas y los ha servido a los parroquianos de su taberna.

—Eso es.

—¿Me traes unas rajitas de ese embutido macabro? ¡Oh, qué amable eres!

—¡Tampoco! Es que se ha organizado una expedición para visitar el sitio del suceso y te propongo que formemos parte de ella.

—¡Eso no se pregunta! Yo siempre tuve alta idea de tu delicadeza; pero esto te corona.

Esto no es una fantasía del matrimonio aquél, sino una realidad que trastorna a los turistas de hechos emocionantes. ¿Qué puede decir a un individuo de ideas vulgares la contemplación de un cuadro del Greco o la vista de la catedral de Toledo? Probablemente, nada; pero, en cambio, ¡ah!, si ese mismo individuo se ve en un sitio en que ha ocurrido un hecho estrepitoso, se vuelve loco.

—¿De modo que aquí es donde el criminal concibió el proyecto?

—Aquí mismo. Se sentó ahí y, cuando oyó decir que el embutido iba a estar en este invierno, apoyó el codo en esta esquina de la mesa y dirigió terribles miradas a sus parientes, que se hallaban allí jugando al tute y encantados de que tenían brisca.

—¿Qué interesante es esto!

Y el turista recorre detenidamente todo, se fija en los detalles y hasta ocupa por breves instantes el mismo sitio que ocupó el criminal. Luego, cuando regresa a sus lares, se complace en detallar la visita. ¡Hay que conocer el corazón humano, y así se comprende la curiosidad malsana que suele invadirnos!

¿No sería igualmente interesante organizar visitas, aunque fuese abonando algo, a los domicilios de los hombres de alguna importancia, coincidiendo con los momentos en que ellos se pusieran de actualidad? Creemos que sí, y que bien estudiado el asunto, sería una saneada fuente de ingresos para los favorecidos por la curiosidad. Si esto se implantara, veríamos anuncios como el siguiente: «GRAN ATRACCIÓN. ÚLTIMA NOVEDAD DEL TURISMO: Visita al domicilio de D. Eduardo Dato. Dos pesetas por persona. No se admiten niñas. Nota. Por un pequeño suplemento el ilustre político dirigirá una sonrisa al visitante.»

—Hombre, me gusta la idea. Por dos pesetas voy a ver al presidente en la intimidad.

Dicho y hecho. El organizador de esta moderna caravana se pondría al frente de ella y complacido se dirigiría al domicilio del ilustre hombre público.

—Dígame a don Eduardo que ya estamos aquí. Hoy sólo traigo veinticinco visitantes, porque una Agencia rival ha organizado para esta misma hora una visita al domicilio de un matrimonio que se va a pelear. Así es que molestaremos poco.

—Pasen ustedes. El señor ya está preparado.

Los visitantes entrarán solemnemente, recorrerán todo y hasta harán las preguntas propias de estos casos.

—Diga usted, ¿dónde estaba sentado el presidente cuando tuvo la idea de pedir el decreto de disolución?

—Ahí.

¡Ah! Los visitantes dirigirán la vista al sillón, que se puede llamar histórico, y celebrarán infinito el haber hecho la visita. El desfile por el despacho del gran-

de hombre también será un momento de gran emoción.

—¡Servidor!...

—¡Con permiso!...

—Usted perdona...

—Mucha salud, don Eduardo...

Y en el pasillo, después de haber desfilado ante la mesa del estadista, los expedicionarios cambiarán impresiones.

—Es muy amable.

—Pero no tiene los ricitos con que le pintan.

—A mí lo que más me ha chocado es que sobre la mesa no tiene ningún termómetro.

—Quizás se lo haya aconsejado Sánchez Guerra.

—¡Oh, qué visita más interesante!

Estas, estas son las verdaderas expediciones de turismo que deben organizarse, y no las antiguas y manoseadas. Va a ser cosa de estudiar el negocio para montarle en serio y en grande escala.

A. R. BONNAT

## LECTURAS

Acaba de aparecer el volumen I de la *Antología Americana*. Es un estudio biográfico de los *Precursores*.

Alberto Ghirardo ha hecho la selección y el prólogo.

Nadie más autorizado que el ilustre escritor argentino para organizar y dirigir tan importante publicación.

El nombre de Ghirardo es una garantía del éxito que obtendrá en todos los países de habla española la *Antología Americana*.

x

Con el poético y atrayente título de *En la tierra florida*, ha publicado Cansinos Assens una nueva novela.

Hondo interés, pulquérrimo estilo y fuerte espíritu de modernidad son las hermosas cualidades salientes de este libro con que el ilustre autor de *El candilabro de los siete brazos* da un avance considerable en el camino de su ya bien ganada notoriedad en el difícil género.

x

Miguel de Castro, que como poeta figura entre los mejores en la nueva generación, y como periodista ha conquistado, asimismo, un brillante lugar, lleva algún tiempo cultivando, con extraordinario éxito, la sátira, en que sobresale por su ingenio feliz, su cultura, su buen gusto y su noble independencia.

Con el pseudónimo de «Estebanillo González», aquel «mozo de buen humor», tan clásico y tan pintoresco, Miguel de Castro ha publicado *Chistes, sátiras y gazapos*, libro de burlas y donaires, tan lozanos, que mueven a la risa y hacen pasar un rato delicioso.

La mayoría de sus páginas prueban, amén de extensas y bien aprovechadas lecturas, fina sagacidad crítica y singular dominio del idioma. Muchos escritores campanudos y esa turba de megalómanos de las letras que les siguen, gastándose el dinero en reclamos y el pudor en adulaciones, son lindamente ajusticiados por «Estebanillo» con ayuda de esas diez guardias gramaticales llamadas «partes de la oración».

Por todo ello, *Chistes, sátiras y gazapos* ha de venderse como pan bendito.

x

En un espléndido volumen de 400 páginas acaba la Editorial Pueyo de publicar *La sombra*, interesante y amenísima novela del joven y notable escritor José Toral.

Toral, que ya tenía bien cimentado su renombre con la publicación de muchos bellos versos, logrará de seguro éxito semejante en este nuevo y noble empeño literario.



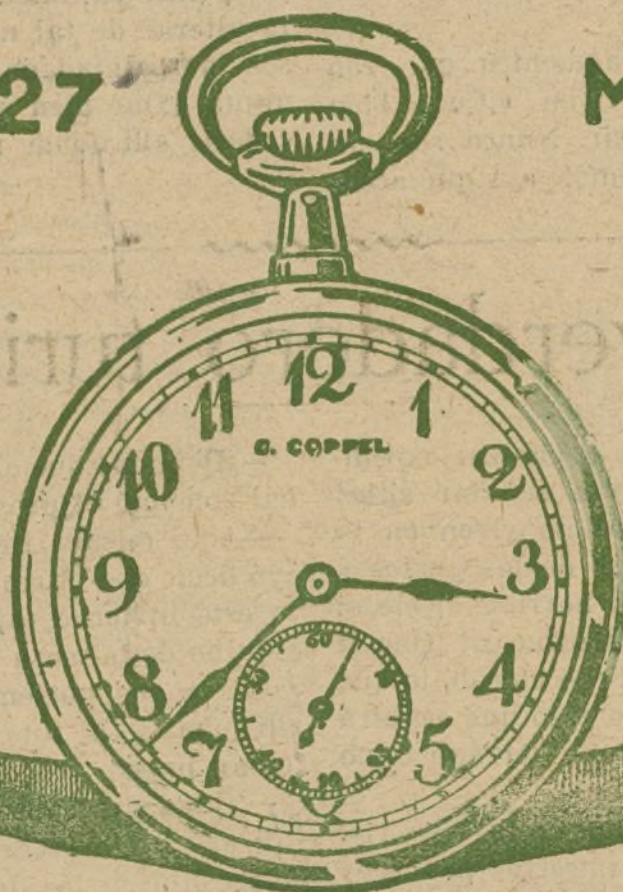
# CARLOS COPPEL

## FABRICA DE RELOJES

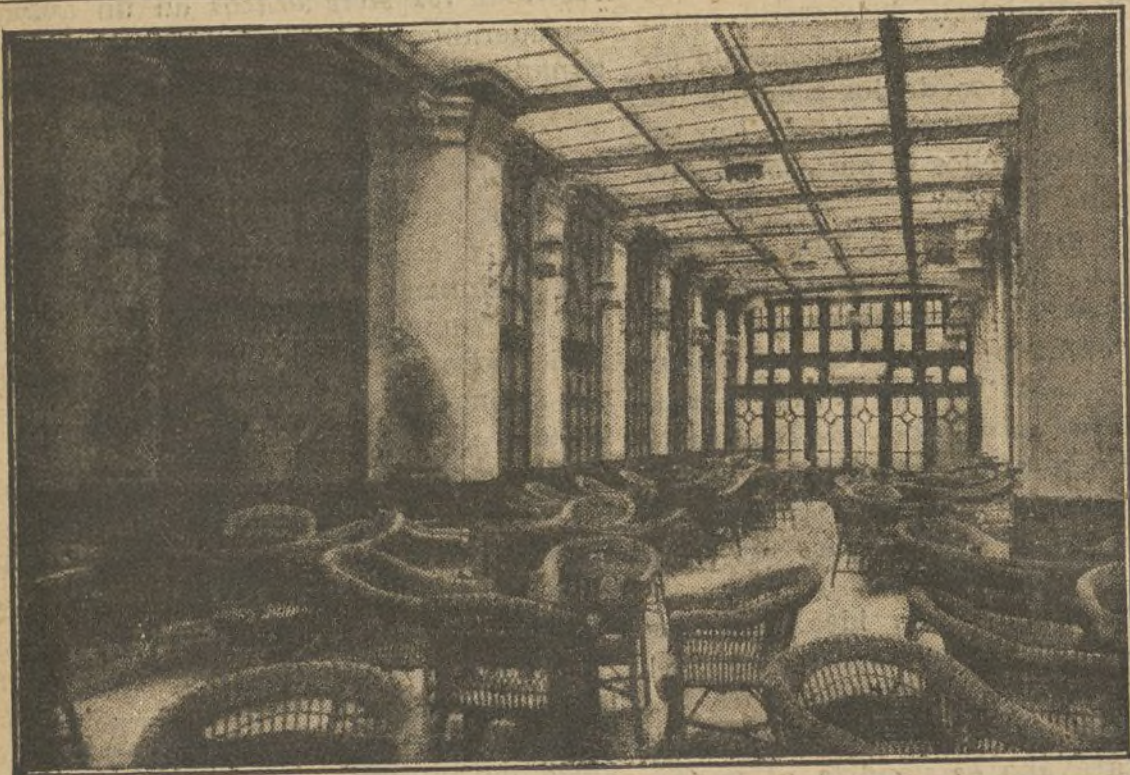
Fuencarral 27

Madrid

DEPÓSITO DE  
LOS RELOJES  
DE PRECISIÓN  
M.Z.A



CERTIFICADO  
DE GARANTIA  
CON CADA  
RELOJ



Vista del "Hall" del Hotel de París.

## GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

### Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

**CERVECERÍA SETIEN, DE SACRAMENTO LAFUENTE**  
Corrida, 11 GIJÓN  
Casa especial en mariscos y bebidas de las marcas más acreditadas.  
Café puro moka.

**AGUAS DEL INCIO**  
BÓVEDA (LUGO)

**Casa Natalio**

La primera en impermeables ingleses de todas clases, sastrería y camisería  
:-: fina. :-:  
OVIEDO

**GRAFICO HISPANO**  
FOTOGRAFADO  
ARTE GALILEO 34 TELEFONO 1.859

**Impermeables Xavier**  
(Marca registrada)

Sastrería y pañería. Unica Casa en Asturias para uniformes militares.  
XAVIER MARTIN  
Universidad, 14; Sanz y Forés y Rúa, 18. OVIEDO